

La imagen del Estado por la de Jesús

CATALINA URIBE



EL CONDADO DE YUGAN ES CONOCIDO por ser uno de los más pobres de China y, a la vez, por tener una de las comunidades cristianas más grandes. Recientemente el Gobierno optó por una de las estrategias de comunicación más antiguas y efectivas: exigir a sus habitantes que quiten las imágenes de Jesús, los cristos o cualquier iconografía religiosa, y a cambio pongan una imagen de Xi Jinping, el presidente chino. Funcionarios han ido casa por casa promoviendo las políticas estatales contra la pobreza e incen-

tivando el trueque de imágenes.

La estrategia de poner imágenes del presidente en las casas se ha expandido por toda China, convirtiendo a Xi en uno de los dirigentes más fuertes desde Mao. El objetivo, además de enaltecer al líder, es que los ciudadanos creen en el partido más que en la religión. Se trata también de promover una imagen común del Estado benefactor. Cada vez que piensen en el Estado no sólo tendrán la imagen del "tío Xi", como lo han llamado algunos, sino que se sentirán protegidos por esa comunidad de la que hacen parte.

Sin duda, uno de los problemas del Estado moderno es su degradación. El caso colombiano es dramático: o el Estado se asocia con la irrelevante idea de un edificio, quizá una notaría, o se odia y se desprecia, bien sea por su ineficiencia, su corrupción o su fealdad.

En cualquier caso, inocuo, despreciado o violentado, el Estado es para los colombianos un algo otro, difuso y que, sobre todo, no es de nosotros.

Esta distancia da pie a que líderes totalitarios utilicen su propio icono para yuxtaponer su imagen con la del Estado. Al final del día, lo que está vacío invita a que se llene. Las imágenes son efectivas y poderosas. Se guardan en la memoria, y dan sosiego al pensamiento. No en vano la Iglesia católica se saltó la necesidad de explicar que dios es tres y uno, y resolvió el problema pintando Jesuses y palomas. Las ideas imposibles no pueden ser explicadas, pero sí mostradas. El Estado no es una idea imposible, pero sí es compleja. ¿Cómo logramos crear una imagen de nuestro Estado antes de que nos toque un Xi Jinping con delirios desmedidos de grandeza?

Sobredosis

JOSÉ FERNANDO ISAZA



CUANDO HOLANDA ADOPTÓ LA política de tratar la drogadicción como un problema de salud pública y no penal, el jefe de policía respondió a la pregunta por si no le preocupaban las muertes por sobredosis que la política descriminalizadora tendría, que sí, pero que los muertos por sobredosis eran inferiores a los decesos por la caída de las ventanas y que no se contemplaban medidas para suprimir las ventanas en el país; que era cierto que tenían un problema con la droga, pero no tenían la criminalidad asociada a la prohibición; que los países prohibicionistas tienen mayor consumo de alucinógenos y además altos niveles de criminalidad.

Han pasado más de 30 años de esta declaración y las cifras corroboran que esa política es más sensata. En el año que terminó en marzo de 2017, la tasa de muertes por sobredosis por cada millón de habitantes es de 11,1 en Holanda, mientras en Estados Unidos alcanza 172 muertes por millón. Se ha querido asociar el escandaloso aumento de muertes por sobredosis en EE. UU. al incremento del área sembrada de hoja de coca. Las estadísticas no avalan dicha conclusión. En el período antes mencionado se registraron 65.000 muertes por sobredosis de drogas, un crecimiento del 124% en sólo tres años. El 80% de los decesos son por heroína y fentanil, alucinógeno que es 50 veces más potente que la heroína: unas pocas gotas son sobredosis. En el último año, las muertes por este opiáceo se duplicaron.

En el período 2006-2015, las muertes por sobredosis de cocaína cayeron en EE. UU. de 7.448 a 6.784. Las de heroína en el mismo período pasaron de 2.480 a 12.784. La materia prima para la producción de heroína es la amapola, que se cultiva principalmente en Afganistán, país de hecho ocupado por las tropas estadounidenses. Durante el régimen talibán, el cultivo se desplazó a otras latitudes, entre ellas Colombia. Hoy la producción en nuestro país es insignificante. La contención de los talibanes ha estado asociada a la recuperación de los cultivos. Las muertes en EE. UU. por el mal uso de los analgésicos también ha crecido de 13.723 en el año 2006 a 22.500 en el año 2015. Nadie ha propuesto la medida absurda de bombardear los laboratorios farmacéuticos.

El alcohol, estimulante hoy legalizado luego de la prohibición entre 1920 y 1933, que no controló su consumo, pero sí permitió la proliferación de las mafias, causó 30.000 muertos asociados relacionados a su uso en el año 2015. La cifra se eleva a 90.000 si se consideran las muertes causadas en los accidentes de tránsito por conducir bajo el efecto del alcohol. El alcoholismo se trata como un problema de salud pública con restricciones estrictas para el suministro a menores de 21 años. Las muertes directas vinculadas al alcoholismo superan 4,5 veces las atribuidas a la cocaína. Tampoco se oyen propuestas para bombardear las destilerías de licores. La marihuana dejó de ser una preocupación en EE. UU. De hecho, está legalizada para uso recreacional en muchos estados. EE. UU. es autosuficiente. El valor de la cosecha es la mayor de los productos agrícolas, superando a la del maíz.

Mientras se mantenga la política de convertir un vicio en un delito penal, las muertes y la corrupción asociadas al narcotráfico seguirán proliferando. Llevar a la cárcel a los consumidores del tabaco y del alcohol, como se hizo antaño y como se hace hoy con los de alucinógenos, lejos de resolver el problema, lo agrava.

Osuna



Alocución presidencial

Bioculturalidad

BRIGITTE LG BAPTISTE



EXISTE UNA RELACIÓN MUY ÍNTIMA entre muchas sociedades y su entorno biológico inmediato, no solamente dada por la coexistencia, inevitable, sino por la construcción de un modelo cultural elaborado por generaciones que marca la identidad y las prácticas de las personas y sus instituciones en un territorio.

Los pueblos indígenas representan esta clase de procesos y los retienen, incluso, cuando ha habido procesos de desplazamiento: llevan el bosque o el río en su sangre. Pero la bioculturalidad no se restringe a las comunidades ancestrales, ya que un acto deliberado de consciencia de la posición del cuerpo y el grupo social en un ecosistema define muchas posibilidades de ser y disfrutarse vitalmente, como muestran las sociedades parameras.

El mejor ejemplo de las prácticas bioculturales es la configuración de un paisaje típico, el goce de la comida propia, las recetas y platos tradicionales. También los

calendarios productivos, los ritos de paso, las músicas e interpretaciones artísticas; el "sentido de lugar".

No es exclusivo tampoco de ámbitos rurales, pues la convivencia entre fauna, flora y humanos en muchas ciudades emblemáticas también define un proyecto biocultural, incluso en ámbitos profundamente transformados.

El reconocimiento de esta dimensión biocultural es fundamental en la construcción de un planeta sostenible, pues llena de sentido las búsquedas de bienestar dentro de un contexto material concreto, algo que en el ambientalismo idealista se pierde de vista fácilmente: en todas partes la gente tiene que organizarse para cultivar, pescar, manejar el bosque, construir o apropiarse tecnología, lo cual requiere decisiones arriesgadas y la valoración equilibrada de sus efectos potenciales.

Este pasado fin de semana se reunieron en Ixtlán de Juárez (Oaxaca, México) decenas de líderes de comunidades campesinas e indígenas de Latinoamérica para discutir, con el apoyo de la agencia sueca de biodiversidad (Swedbio), las condiciones de persistencia y capacidad de adaptación al cambio global de sus proyectos de vida, bajo el

principio de la resiliencia: ¿cómo mejorar la capacidad de respuesta de sus culturas a los retos del cambio climático, el libre comercio, las economías corporativas globalizadas, las migraciones o el acceso masivo a información en las redes sociales?

No fue sorprendente encontrar una dura crítica al papel del Estado contemporáneo en las discusiones, especialmente ante la evidencia de la cooptación de los gobiernos por los grandes capitales o el bloqueo normativo sistemático y torpe a la diferenciación que ejercen; pero sí fue una sorpresa para muchos encontrar cómo las cualidades adaptativas de un proyecto biocultural a menudo se alejaban de la tradición y el pasado para adoptar grandes innovaciones institucionales que incluían alianzas con el sector privado, sistemas financieros alternativos o cooperativismo sostenible.

Pensando en la bioculturalidad adaptativa, el aparente veto a la minería no pareciera implicar para nada que el oro de San Lucas, Santurbán o Cajamarca no debiera extraerse, sino quién lo hará y de qué manera: las comunidades locales quieren ser protagonistas, no las presas en su propio ecosistema.